

Lo que Jesús dijo del infierno

Dub McClish

Introducción

El infierno ha caído en “tiempos difíciles.” En la actualidad, la referencia más común para él es como un término de maldición, grosería o desvalorización. Otros lo usan con mucha ligereza: “Quiero ir al infierno; después de todo, ahí estarán todos mis amigos.” Muchos modernistas han tratado de tomar el camino gris oscuro al afirmar al mismo tiempo creer en la existencia del Infierno, pero profesando no conocer a nadie que haga algo lo suficientemente malo para ir allí. Es históricamente demostrable que la **negación** absoluta del infierno en gran medida, o su compañera, la **pérdida de la creencia** en él, son fenómenos de tiempos relativamente recientes. ¿Cómo ha sucedido esto?

Una breve historia de la deconstrucción del infierno

Durante dieciséis siglos, la doctrina del castigo eterno de los impíos a manos de un Dios justo fue un asunto de cierta convicción casi universalmente en la llamada cristiandad. De hecho, esta era la opinión predominante incluso entre el período de los dos Testamentos que precedió a Cristo y su doctrina: “El castigo eterno de los impíos era y siempre será la teoría ortodoxa. Era sostenida por los judíos en el tiempo de Cristo, con la excepción de los Saduceos, que negaban la resurrección.”ⁱ La única voz significativa entre los antiguos que disintieron de la visión ortodoxa del Infierno fue Orígenes en el siglo III y más tarde fue condenado por dos concilios ecuménicos por su herejía. Sin embargo, con el enfoque del Renacimiento, el cambio del énfasis del hombre pasó de ser teocéntrico a antropocéntrico. El humanismo, con el hombre en su centro como lo más importante, el todo y el fin último, comenzó a desplazar a Dios. Cuanto más se elevaba el hombre, más empujaba a Dios hacia abajo. El hombre era tan valioso y tan apreciado, incluso para el “humanista teísta,” que no podía soportar la idea de un castigo o retribución eterna, o de un pecado lo suficientemente grave como para justificarlo.

Desde el siglo XVI en adelante, el juicio de Dios fue un blanco constante para el ataque de los humanistas tanto dentro como fuera de la iglesia. El infierno y el humanismo no se mezclaban; no se pueden mezclar y nunca se mezclarán. Simplemente no servirá que un hombre altamente exaltado experimente los tormentos del infierno eternamente. En primer lugar, se presume que la preciosa criatura no podría hacer nada lo suficientemente malo como para justificar tal castigo. Y aún más significativamente, los humanistas están convencidos de que Dios no podría soportar la pérdida eterna de incluso una de estas maravillosas criaturas humanas.ⁱⁱ

Ciertos teólogos liberales radicales se han convertido en negadores directos del Infierno y han influido en otros clérigos. Un buen ejemplo de tal blasfemia es John A. T. Robinson, obispo de la Iglesia de Inglaterra. Ya en 1949 escribía:

Cristo, en las viejas palabras de Orígenes, permanece en la Cruz mientras un pecador permanezca en el infierno. Eso no es especulación; Es una declaración basada en la necesidad misma de la naturaleza de Dios. En un universo de amor, no puede haber un cielo que tolere una cámara de horrores, el infierno para uno hace al mismo tiempo un infierno para Dios. No puede soportar eso, porque esa sería la burla final de su naturaleza, y no lo hará.ⁱⁱⁱ

Solo dieciocho años más tarde, él escribió como si la destrucción del infierno ya se hubiera logrado por completo: “Todavía hay algunos a los que les gustaría traer de vuelta el infierno, ya que algunos quieren de vuelta azotes y colgados. Por lo general, son los mismos tipos que desean purgar a Gran Bretaña de los cómics de terror, el sexo y la violencia.”^{iv}

Otra de las personas similares a Robinson es Emil Brunner:

Esa es la voluntad de Dios y el plan para el mundo que Él revela, un plan de salvación universal, de reunir todas las cosas en Cristo. No escuchamos una sola palabra en la Biblia de un plan dual, un plan de salvación y su polo opuesto. La voluntad de Dios tiene solo un punto. Es inequívoco y positivo. Tiene un objetivo, no dos.^v

Obviamente, Brunner leyó el Texto Sagrado a través de lentes polarizados o sucios: ¡Aparte del insistente tema bíblico del juicio contra y el castigo eterno para los transgresores de la voluntad de Dios, la existencia misma de un plan de salvación implica necesariamente “su condena polar,” ¡condenación! La voluntad de Dios es “inequívoca y positiva,” pero se trata de la **existencia** (en lugar de la inexistencia) de un Juicio final y de una retribución eterna por el pecado en un lugar llamado Infierno.

Como suele ser el caso, los que alguna vez fueron considerados radicales se han convertido gradualmente en la corriente principal. Los seminarios han estado llenos durante un siglo o más de profesores que son liberales teológicos de la clase más alta, la mayoría de los cuales no tienen estómago para (entre otras cosas) nada desagradable, “negativo” o premonitorio relacionado con su tipo de religión y su concepto de Dios. Esta postura, como suposición principal, ignora categóricamente la Justicia Divina y su implicación necesaria, el castigo divinamente administrado por el pecado. Estas escuelas han resultado en decenas de miles de eclesiásticos infieles durante muchas décadas que han vomitado su mensaje de incredulidad semana tras semana en púlpitos denominacionales en toda la tierra. En el corazón de su teología hay un énfasis excesivo (y pseudo) en el amor, la gracia, la misericordia, la bondad y la paciencia de Dios. Esto se ha acompañado por un decidido énfasis, en evitar y negar, si no totalmente, los rasgos de equilibrio de la justicia de Dios, la ley, la ira contra el pecado y la implicación de estas verdades—el infierno como retribución para los pecadores no arrepentidos. La “ortodoxia” bíblica de los siglos ha sido tan diluida que incluso las llamadas iglesias “evangélicas” actualmente aceptan sin restricciones cosas como el divorcio por cualquier causa, la tolerancia sexual y la bebida social como compatibles con un “estilo de vida cristiano” y la esperanza del cielo.

El humanismo teísta producido por el Renacimiento ha generado al menos cinco escuelas de negación del infierno: (1) **Universalismo**—la doctrina de que el infierno no podría existir como un estado eterno porque Dios es demasiado amoroso y benevolente para permitir que alguno sufra para siempre en tal lugar. (2) **Aniquilacionismo**—la doctrina de que los malvados dejan de existir al morir. (3) **Humanismo** ateo—la exaltación del hombre como la última forma de vida y la correspondiente negación de la existencia de Dios. Lo que trae placer, felicidad y alegría al hombre es todo lo que importa. Él vive solo en esta vida. No hay Dios, no hay bien o mal absoluto, no hay juicio, no hay cielo, ni infierno. (4) **Liberalismo**—un término aquí aplicado a la idea de que si bien el Infierno puede existir y algunos pueden ir allí, ningún pecado es lo suficientemente malo, ni el pecador lo suficientemente perverso como para merecerlo. Esta línea de pensamiento difiere poco del Universalismo en su resultado final. (5) **El movimiento de la Nueva Era**—uno de sus énfasis principales es la autoestima. La raíz de todos los problemas humanos para los devotos de la Nueva Era es la falta o baja autoestima. A su vez, culpan a todos de la visión “tradicional” (con la que quieren decir “cristiana”) de las cosas. En la mente de la Nueva Era, “Reconocerse a sí mismo como un pecador destruye a un ser humano. Su solución a esto es simplemente definir el pecado como algo inexistente y declara al hombre sin pecado.”^{vi} Esto, por supuesto, también define el Infierno inexistente.

Muy pocos, si alguno, entre nosotros podrían clasificarse como universalistas. Del mismo modo, pocos se han empapado del aniquilacionismo.^{vii} Sin embargo, el número entre nosotros ya es muchos y está en aumento, quienes, en su enfoque laxo y tolerante de la gracia, el bautismo, la identidad de la iglesia, el compañerismo, la adoración, la naturaleza de Dios, y la autoridad bíblica en general son universalistas y aniquilacionistas **prácticos**. Con esto quiero decir que estos hermanos difícilmente identificarán alguna doctrina como **herejía** o cualquier práctica como **pecaminosa**. No se opondrán ni expondrán a ningún maestro o predicador como falso o su doctrina como condenable, independientemente de cuán extraño o contrario sea la Verdad del Evangelio. Tendrían compañerismo con los que no están en comunión con Dios. Han encontrado formas de torcer las Escrituras y **redefinir las palabras comunes** para dar aprobación a los adúlteros y borrachos y a los herejes de todas las tendencias y matices.

¿Vamos a entregar la existencia del infierno a los infieles, los escépticos, los liberales? Sin lugar a dudas, la negación o al menos el mitigar el infierno es muy atractivo. Si nos guiamos solo por el placer humano y la indulgencia egoísta, quién no podría sentirse atraído por la doctrina de que no existe el pecado, ni la responsabilidad final por el comportamiento, ningún código de conducta impuesto por un Ser / Creador Supremo, ¿y ninguna retribución final, ineludible y horrible por la rebelión contra su ley? Sin lugar a dudas, millones multiplicados, de una forma u otra, han descartado la realidad del infierno.

¿Qué dijo Jesús acerca del infierno?

Volveremos a esto más tarde, pero ahora plantearé otra propuesta: la existencia del infierno no se puede negar sin negar a Cristo mismo. Por lo tanto, el tema crucial relacionado con la creencia en el Infierno es un asunto aún más grande—**¡la creencia en el mismo Cristo!**

Ante todas las negaciones del infierno, todavía queda el hecho obstinado, molesto e innegable de que Jesús tuvo mucho que decir sobre el infierno y el castigo eterno. Nunca lo he contado, pero hace mucho escuché (y no lo dudo) que Él dijo mucho más sobre el infierno que el cielo. Cuando se percibe correctamente, cada advertencia sobre el Juicio, cada prohibición del mal, cada estímulo a la justicia y cada declaración sobre el pecado tiene el concepto de condenación eterna detrás de él e incrustado en él. De lo contrario, son palabras vacías sin sentido. De hecho, la necesidad de la estancia terrenal de Jesús y el propósito de su venida se vuelven vanos e innecesarios, aparte de la realidad de la condenación eterna de las almas de los hombres a causa de los pecados de ellos. De hecho, dejando de lado la clara enseñanza de Jesús sobre el Infierno por el momento, la venida del Cristo del Cielo a la tierra y su sacrificio en la cruz por los pecados de la humanidad son los argumentos fundamentales para la **realidad** de la condenación eterna: ¡el infierno mismo! Ahora, examinemos la enseñanza de Jesús sobre el infierno.

Que el hombre tiene un alma inmortal

Para que haya un infierno para el hombre, debe sobrevivir a la muerte, en otras palabras, debe tener un alma inmortal. Jesús enseñó inequívocamente que el hombre es más que carne y sangre: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, más el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28; véase 16:26).

Que hay un ámbito en el mundo de los espíritus llamado “infierno”

Jesús se refirió claramente al Infierno en Mateo 10:28, citado anteriormente, de tal manera que indica su plena confianza en su realidad. Él les presagió “el infierno de fuego” a los que les dicen “insensatos” a sus semejantes (Mateo 5:22). Se refirió al Infierno como una entidad real y un lugar en el cual el cuerpo sería “arrojado” como retribución por el pecado (Mateo 5:29-30). Quien hace pecar a otro será arrojado al “infierno de fuego” (Mateo 18:9). El Señor se refirió al Infierno como la morada final de los malvados no menos de once veces.

¿Qué es el infierno, como lo menciona Jesús? ¿Qué quiso decir con eso? Aunque aquí se realizarán estudios exhaustivos de palabras en otros capítulos de este libro, una breve definición aquí es apropiada. Tenga en cuenta primero que la KJV a menudo usa “Infierno” cuando, de hecho es, “hades” (de **hades**, “invisible,” refiriéndose al reino invisible de los muertos, es decir, espíritus difuntos) (por ejemplo, Mateo 16:18; Hechos 2:27). La palabra española “Infierno” se traduce correctamente de **gehenna**, que aparece doce veces en el Nuevo Testamento griego (usado once veces por el Señor, una vez por Santiago). **Gehenna** se deriva del Valle de Hinom (también, “el valle de los Hijos de Hinom”) justo a las afueras de Jerusalén. Se menciona por primera vez en Nehemías 11:30. Su historia incluye el uso del lugar donde los judíos idólatras quemaban a sus hijos en honor al dios pagano, Moloc

(II Crónicas 28:3; 33:6). Josías, el justo y restaurador rey de Judá, hizo que esta práctica cesara y el valle a partir de entonces se convirtió en un lugar de abominación y aborrecimiento. Ya en el siglo II a.C., la literatura judía sin inspiración usaba **gehenna** como figura para referirse al castigo final y eterno de los pecadores. El Hijo de Dios aplicó esta palabra de la misma manera, usando el nombre del valle literal de abominación y el aborrecimiento para referirse al lugar de abominación y aborrecimiento definitivo después del Juicio.

Que el infierno es horrible y terrible más allá de la imaginación

1. La aplicación original de **gehenna** se relacionaba con el fuego que se usaba para sacrificar niños a Moloc. Jesús perpetuó este elemento al describir el infierno eterno como un lugar de fuego. Lo llamó dos veces “infierno de fuego” (Mateo 5:22; 18:9). En dos ocasiones se refirió a él como “el horno de fuego” en el cual el impío será arrojado después del Juicio (13:42, 50). Lo llamó dos veces lugar de “fuego que no puede ser apagado” (Marcos 9:43, 47-48). Identificamos correctamente el Infierno que el Señor describe con “el lago de fuego y azufre” y “el lago de fuego” en el que fueron arrojados el diablo, la bestia, el falso profeta y todos los que no se encuentran escritos en el libro de la vida son lanzados al tormento eterno (Apocalipsis 20:10, 15; 21:8). Juan lo llamó apropiadamente un “bautismo” (inmersión, hundimiento, abrumador) en fuego insaciable (Mateo 3:11-12).

2. El Señor usó una descripción aún más fuerte que el fuego, pero la combinó con fuego inapagable. Describió el infierno como un lugar “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:47-48).

3. Jesús describió el infierno como un lugar donde los que eran arrojados allí serían “destruidos” (Mateo 10:28). Los aniquilacionistas argumentan que este pasaje respalda su afirmación, que “destruir” es igual a “aniquilar.” Sin embargo, incluso el estudio de la palabra griega más simple demuestra lo contrario. La palabra traducida “destruir” es de **apollumi**, que se usa en numerosos pasajes en los que “aniquilar” no puede ser el significado. Por ejemplo, se traduce como “rompen” (Mateo 9:17), “perder” (Lucas 15:4-9), “perecer” (Lucas 15:17). Ni estos ni muchos otros pasajes similares pueden llevar la idea de aniquilación como el significado de **apollumi**. Joseph Henry Thayer era unitario, **no** creía en el castigo eterno, pero su conocimiento del significado de esta palabra lo obligó a definir **apollumi** como “ser entregado a la miseria eterna.”^{viii} Robert Morey concluye: “En cada caso donde la palabra **apollumi** se encuentra en el Nuevo Testamento, se está describiendo algo más que aniquilación. De hecho, no hay una sola instancia en el Nuevo Testamento donde **apollumi** significa aniquilación en el sentido estricto de la palabra.”^{ix} La idea de ser “destruido” en el infierno es que uno sufrirá una pérdida absoluta e irrevocable y para siempre. Jesús también usó la forma nominal de esta palabra en referencia al infierno (Mateo 7:13).

4. Jesús se refirió al infierno como un lugar de “castigo eterno” (Mateo 25:46). La palabra traducida “castigo” (**kolasis**) significa tormento, tortura, sufrimiento, castigo (cf. Lucas 16:23, 28; Apocalipsis 14:10-11).

5. El infierno en el que Jesús creyó y describió es un lugar de separación de Dios, de Cristo, y los redimidos. Los perdidos son “echados al infierno” (Mateo 5:29). Jesús dirá: “Apartaos de mí” a los perdidos en el Juicio (Mateo 7:23). Él enseñó que el Infierno es un lugar de “oscuridad exterior” (Mateo 8:12; et al.). En el Juicio Él dirá a los pecadores no arrepentidos: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno...” (Mateo 25:41). Dijo que los malvados se verían “excluidos” del reino eterno de Dios (Cielo) (Lucas 13:28). Pablo escribió que los perdidos serán desterrados eternamente “de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (II Tesalonicenses 1:9). Así como los hombres malvados son los que ahora están “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12), si no se arrepienten, se encontrarán para siempre sin esperanza y sin Dios (Apocalipsis 22:15).

6. El Señor enseña que el infierno es un lugar donde uno estará con Satanás y todos los hombres y mujeres malvados de todos los tiempos. Si bien el fuego del infierno estaba preparado para el diablo y sus ángeles, el perdido en el Juicio será enviado al mismo lugar (Mateo 25:41). Juan hizo eco de esta misma enseñanza (Apocalipsis 20:10, 15; 21:8). Imagine estar encarcelado para siempre con los hombres y mujeres más malvados de todos los tiempos ¡sin alivio ni esperanza de escapar!

Que el infierno es interminable, eterno, para siempre

Jesús no solo enseña la realidad del infierno, sino la eternidad de él. Por mucho que dure el cielo, el infierno dura igual. Para concluir su descripción del Juicio Final, dijo: “E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mateo 25:46). El fuego del infierno es fuego “interminable” (Mateo 3:12; Marcos 9:43, 48). El “infierno de fuego” en Mateo 18:9 se conoce como “fuego eterno” en el versículo 8. Pablo continuó este pensamiento describiendo la condenación de los que “no conocen a Dios y...no obedecen el evangelio” como “eterna destrucción” (II Tesalonicenses 1:8-9). Juan escribió que el lago de fuego y azufre se caracteriza por el tormento de “día y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:10). ¡Nadie puede creer las palabras de Jesús y creer en la doctrina católica romana del purgatorio o cualquier otro concepto de castigo temporal para los no redimidos después del Juicio!

Qué tipo de personas estarán en el infierno

1. Hijos de Dios hipócritas y egoístas que desprecian a los demás como inferiores y menos dignos que ellos mismos: “Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:22).

2. Los que no están dispuestos a renunciar a cualquier pecado o a sacrificar lo que sea que les impida servir a Dios (Mateo 5: 27-30).

3. Los que confiesan a Cristo, pero no respetan la autoridad de Dios, aunque sinceramente afirman respetarla en sus obras:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mateo 7:21-23).

4. Los que rechazan a los mensajeros, y por lo tanto, el mensaje de Cristo (Mateo 10:14-15).

5. Los que persisten en la incredulidad ante la evidencia abrumadora de la legitimidad de Cristo (Mateo 11:20-24).

6. Los que son hipócritas, que profesan una cosa y practican otra (Mateo 23:13-36).

7. Los malvados, derrochadores, murmuradores, blasfemos, siervos perezosos de Cristo, como se ve en la parábola de los talentos y la parábola de las minas (Mateo 25:14-30; Lucas 19:12-27).

8. El egoísta, no generoso, siervos de Cristo fríos, poco amables, sin compasión y sin simpatía (Mateo 25:41-46).

9. Falsos maestros (Mateo 15:13-14).

Otros escritores inspirados también definen a los pobladores del infierno:

1. Pablo enumeró toda la gama de maldad, impiedad, inmoralidad, mundanalidad e injusticia, que constituyen los “deseos de la carne” y dijo que los que se comportan de esa manera (ya sean cristianos o pecadores inconversos) están atados al infierno (Romanos 1:18-32; I Corintios 6:9-11; Gálatas 5:19-21). También mencionó como futuros residentes del infierno a los “sin ley” que no reciben el amor de la Verdad, los que “naufrogan con respecto a la fe,” los que sucumben al engaño de las riquezas y los que son herejes o facciosos (II Tesalonicenses 2:4-12; I Timoteo 1:19-20; 6:9-10; Tito 3:10-11).

2. Pedro identificó a esos **hermanos** que son falsos maestros, quienes son superados por el mal y quienes incitan a otros a seguir sus doctrinas y prácticas malvadas, como aquellos que se perderán en el Infierno (II Pedro 2:1-22).

3. Juan consignó no solo a Satanás, la bestia y el falso profeta al Infierno, sino también a todos los **hombres** que los habían seguido en la maldad e inmoralidad de todo tipo y cuyos nombres, por lo tanto, no están escritos en el libro de la vida (Apocalipsis 19:20; 20:10, 15; 21:8; 22:15).

Y sin duda. El que dice que su placer en los deseos carnales en esta vida terrenal **vale el precio del Infierno en la eternidad**, ¡no sabe lo que dice!

Conclusión

¡Ahí lo tiene!, directamente de la boca del Unigénito del Padre, Jesús el Cristo y Sus apóstoles inspirados. Después de citar varios pasajes en los que el Señor expuso la doctrina del infierno como un lugar de castigo eterno para los impíos, Braun observa:

¿Queda alguna pregunta sobre si Jesús declaró o no el castigo eterno de los impíos? Toda la autoridad del Dios todopoderoso está presente en las palabras que habló sobre el infierno. Jesús tuvo más que decir sobre el infierno que cualquier otro orador o escritor en la Biblia. Si se equivocó en lo que dijo entonces el todopoderoso eterno y Dios también. Y ese no es el caso. En efecto si se trata de un desacuerdo: “Antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso”.... ¿Qué más podría haber dicho Jesús? No hay absolutamente forma de dejar de lado el claro impacto de sus palabras y la afirmación de que no hay condenación eterna para los impíos, a menos que, por supuesto, que nos unamos a los críticos que determinan arbitrariamente que Jesús realmente no dijo estas cosas en absoluto.... Los que afirman que Jesús no pronunció estas palabras severas sobre el infierno son como los que juegan a un juego que seguramente perderán... Jesús, Aquel que viene otra vez para juzgar a los vivos y a los muertos, se expresó claramente no dando lugar a dudas al respecto. El resto de los escritores del Nuevo Testamento siguieron su guía al pie de la letra. La retribución a los impíos es eterna, sin fin.^x

Los hombres deben elegir entre los aniquilacionistas, los teólogos liberales, los humanistas, los universalistas, los de la Nueva Era y todos los demás defensores del “no-infierno,” por un lado, y el Señor Jesucristo, por el otro. **Nadie puede cuestionar que enseñó la realidad del infierno como un lugar de castigo eterno para los impíos.** Quienes rechazan esta enseñanza suya también lo rechazan como el Hijo de Dios y el Salvador de la humanidad (Juan 12:48).

Michaelsen, después de citar a varios de la Nueva Era y sus negaciones totalmente subjetivas de la existencia del diablo, el pecado y el infierno, llegó a la siguiente incisiva conclusión:

Por otro lado, Jesús habló de un lugar de castigo eterno: el “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles...” (Mateo 25:46, 41; 10:28). Él habla del infierno como un “horno de fuego” en el que “todos los que sirven de tropezadero y los que cometen la anarquía” serán arrojados. Él habla de él como un lugar inimaginablemente horrible en el que habrá llanto y crujir de dientes (Mateo 13:42). Si el infierno no es una realidad literal, entonces Jesús fue realmente un insensato por ir a la cruz: toda la razón por la que lo hizo fue para salvarnos de ese lugar de tormento eterno y separación de Dios. “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24).^{xi}

El cielo y el infierno se sostienen o caen juntos, en realidad y en duración. Si el cielo es real, también lo es el infierno. Si se niega el infierno, también lo debe ser el cielo. Ambos son tan reales como el Dios que nos hizo y que nos dio la revelación inspirada acerca de sí mismo, su Hijo y su maravilloso plan de salvación. En su gran misericordia, este mismo Dios nos ha advertido de Satanás, el pecado, el juicio y el infierno. Dios envió a su Hijo a nuestro mundo en carne para que pudiéramos tener un camino a través del territorio intransitable hacia el cielo y hacia Dios (Juan 1:1-2, 14; 3:16; Filipenses 2:5-8). Jesús el Cristo mismo es ese camino y el único camino que conduce a Dios y al cielo (Juan 14:6). Si caminamos por ese camino estrecho y ciertamente difícil, nos lleva a la vida (Mateo 7:14). Si rechazamos al Cristo y su camino, hemos elegido el camino (en realidad, uno de los innumerables caminos) que conduce en última instancia al infierno (Mateo 7:13). El resumen en forma sencilla de Jesús para entrar en ese camino al cielo es el siguiente: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16:16).

La imagen del infierno en las palabras de Jesús es tan aterradora, horrible, terriblemente inimaginable que desafía valientemente a todos los hombres a hacer cualquier sacrificio necesario para escapar de sus horrores (Mateo 5:29-30; 6:19-25, 33; 8:18-21; 10:28, 37-38; 13:34-35; 16:24-26; 19:21-22; et al.). Seguramente ¡este es el curso de sabiduría!

ⁱPhillip Schaff. *History of the Christian Church* (Vm. B. Eerdmans Pub. Co., 1973). 2:606-07

ⁱⁱJon E. Braun. *Whatever Happened to Hell?* (Nashville. TN: ThomasNelson Pub.. 1979). pp. 35-36.

ⁱⁱⁱJohn A. T. Robinson. “Universalism - Is It Heretical?” *Scottish Journal of Theology* (June 1949). p. 155.

^{iv}John A. T. Robinson. *But That I Can't Believe* (New York. NY: The New American Library. 1967). p. 69.

^vEmil Brunner. *Eternal Hope* (Philadelphia. PA: Westminster Press. 1954). p. 182

^{vi}Johanna Michaelsen. *Like Lambs to the Slaughter* (Eugene. OR: Harvest House Pub.. 1989). p. 298

^{vii}Una notable excepción es Edward William Fudge, quien expone sus puntos de vista aniquilacionistas en un libro de varios cientos de páginas, *The Fire That Consumes* (Houston. TX: Providential Press. 1982). Fudge es anciano en la iglesia de Cristo Bering Road en Houston, TX.

^{viii}Joseph Henry Thayer. *A Greek-English Lexicon of the New Testament* (Chicago. IL: University of Chicago Press. 1957). p. 36.

^{ix}Robert A. Morey. *Death and the Afterlife* (Minneapolis. MN: Bethany House Pub.. 1984). p. 90.

^xBraun. pp. 146.163

^{xi}Michaelsen. p. 299.